

EL ANTROPÓLOGO EN EL *MAELSTRÖM*.
REFLEXIONES SOBRE EL TRABAJO DE CAMPO EN EL MARCO DE UN CONFLICTO MINERO

Hernán Schiaffini¹

RESUMEN

El trabajo de campo, herramienta metodológica clave de la práctica antropológica, implica la inserción del investigador en entramados de relaciones sociales *densos* (Geertz, 2003) [1973]. Especialmente en el caso de etnografiar una situación de conflicto, incorpora valoraciones o tomas de posición que, asumidas o no por el antropólogo, sí pueden serle atribuidas por los sujetos con quienes interactúa. Las tendencias objetivas del proceso pueden exceder la eventual construcción de un efectivo “*rapport*”.

Por esto mismo, planteamos que las problemáticas de la “imparcialidad” o el “relativismo moral” pueden ser desbordadas por los procesos políticos y sociales en desarrollo, al punto de poner en riesgo no sólo una investigación sino la propia integridad física. Y que la visualización o toma de conciencia respecto de dichas situaciones requiere de una articulación entre el conocimiento de las lógicas del “campo” y la interpretación conceptual.

Sobre la base de una experiencia etnográfica desarrollada en el marco de un conflicto minero entre 2007 y 2009 en Cerro de San Pedro, San Luis Potosí, México, proponemos una reflexión en torno de algunos obstáculos epistemológicos y conceptuales que atraviesan la práctica etnográfica y reivindicamos la importancia de la interpretación teórico-conceptual de la integralidad de los procesos sociales que pretende abarcar.

PALABRAS CLAVE: Etnografía, Teoría, Trabajo de Campo, Conflicto Minero, San Luis Potosí.

ABSTRACT

Fieldwork, a key methodological tool of anthropological practice, implies the insertion of the researcher in networks of *thick* social relations (Geertz, 2003) [1973]. Especially in the case of ethnography of a conflict situation, it incorporates assessments or position takings that, whether or not assumed by the anthropologist, can be attributed to him by the subjects with whom he interacts. The objective tendencies of the process may exceed the eventual construction of an effective “*rapport*”.

For this reason, we propose that the problems of “impartiality” or “moral relativism” can be overwhelmed by the political and social processes under development, to the point of putting at risk not only an investigation but also one’s physical integrity.

And that the visualization or awareness of these situations requires an articulation between the knowledge of the logics of the “field” and the conceptual interpretation.

On the basis of an ethnographic experience developed in the framework of a mining conflict between 2007 and 2009 in Cerro de San Pedro, San Luis Potosi, Mexico, we propose a reflection on some epistemological and conceptual obstacles that go through ethnographic practice and we reclaim the importance of the theoretical-conceptual interpretation of the integrality of the social processes that it seeks to encompass.

KEYWORDS: Ethnography, Theory, Fieldwork, Mining Conflict, San Luis Potosí.

Manuscrito recibido: 30 de Marzo de 2018.

Aceptado para su publicación: 3 de Septiembre de 2018.

¹ CONICET-UNPSJB-UBA. hernanschiaffini@gmail.com

INTRODUCCIÓN

Al principio me sentí demasiado confundido para poder observar nada con precisión. Todo lo que alcanzaba era ese estallido general de espantosa grandeza.
Edgar Allan Poe. *Un descenso al Maelström*. (1841).

El recurso a la narración autobiográfica suele parecerse forzado y tratamos de evitarlo cuando podemos. Presenta, en nuestra opinión, al autor en un saber que no siempre posee, que suele estar reservado a investigadores experimentados o a militantes que han hecho de una causa el fundamento de sus vidas. Ninguno de los dos es nuestro caso. Con las metáforas metodológicas y epistemológicas ocurre algo semejante.

Sin embargo, acá queremos presentar una reflexión que se ancla en experiencias personales. El porqué de esta inquietud es complejo y seguramente no lo conozcamos del todo, pero si algo aporta –y esa es nuestra esperanza– es justamente como variedad de una crítica al subjetivismo y como una reivindicación de la necesidad de situar a los sujetos –y al antropólogo entre ellos– en el marco de procesos que los exceden. Cosa que sólo puede lograrse mediante la interpretación teórica.

También es un espacio para exponer la situación de vulnerabilidad y riesgo a que están expuestos los militantes anti-mineros en distintos puntos de América Latina e intentar advertir, aún desde un inocente y privilegiado lugar, acerca de la necesidad de comprender mejor la lógica de la violencia y la represión en zonas donde la democracia formal se apaga para dejar lugar a los brutales mecanismos que constituyen su subsuelo.

Todas las sociedades, sin importar su escala, atraviesan conflictos de distintas cualidades. Aquí nos referiremos a una situación particular, donde un conflicto de especiales características se constituyó como el proceso social más visible de todo un territorio, sin que sus vínculos con otras esferas de la vida social, como veremos, desaparecieran.

Las herramientas metodológicas de la antropología, o más bien los intentos de análisis de los procesos concretos de interacción entre inves-

tigadores y pobladores –por ejemplo– han sido designados de maneras diversas. Sin entrar en un análisis detallado de las posiciones simbolistas, interpretativas y posmodernas –lo que insumiría demasiadas páginas– señalaremos que por “*rapport*” antropológico nos referimos al modo en que desde algunas perspectivas se ha caracterizado al vínculo fluido y armónico del antropólogo con sus interlocutores más inmediatos (Guber, 2005). La “imparcialidad” y la “neutralidad valorativa” en términos morales designan un proceso de descentramiento que permite abordar diferentes situaciones sin –desde una perspectiva ideal– sesgos etnocéntricos. Pero, como intentaremos demostrar, tales procesos no dependen exclusivamente ni de una disposición subjetiva del investigador, ni de una disposición subjetiva de sus interlocutores. Sino, en cambio, de la articulación entre las mismas y las lógicas objetivas que atraviesan a los procesos sociales, que aparecen fuertemente enfatizadas en los casos de conflicto. Por “lógicas objetivas” entendemos aquellos procesos que no dependen de la voluntad inmediata de los sujetos involucrados, sino que se les imponen de manera externa con el peso propio de los hechos sociales.

DISTANCIAS

Entre 2007 y 2009 trabajamos en torno de las problemáticas de Cerro de San Pedro, en San Luis Potosí, México. Veníamos de Esquel, Chubut, en la Patagonia argentina y si la Ciudad de México –lugar donde vivimos la mayor parte del tiempo de esos dos años– nos había impactado y sorprendido, Cerro de San Pedro nos desbordó en más de un aspecto.

Entre 2002 y 2003 habíamos participado, como habíamos podido, de la poderosa movilización social que había impedido que la minera canadiense *Meridian Gold* explotara el yacimiento Esquel, ubicado en las proximidades de la ciudad. Fueron cinco meses, entre Noviembre y Marzo, de vigorosas manifestaciones públicas, discusiones de todo tono y nivel e incluso de algunas escaramuzas. Ante un escenario trabado y su propia imposibilidad de orientar la situación, las autoridades

cedieron y llamaron a una consulta popular no vinculante, la primera de su tipo en el país desde que la reforma constitucional de 1994 las habilitara.

El plebiscito arrojó un resultado aplastante: 81% por No a la Mina. Esquel se convirtió en uno de los contados casos en América Latina donde una población local logró impedir con éxito la concreción de una explotación minera a cielo abierto.

Cuatro años después, unos kilómetros antes de llegar al pueblo, descendíamos del coche en que nos llevaban a Cerro de San Pedro y, entre una nube de polvo, veíamos cruzar a nuestros pies a dos o tres estepicursoros, esas plantas rodadoras con forma de bola que sólo habíamos conocido *westerns* mediante. Era un gran cambio: de la inconstante nieve y el omnipresente frío de la pre-cordillera patagónica a la sequedad desértica de las alturas de Cerro de San Pedro había una gran distancia. Del mundo mapuche y de los gauchos patagónicos a los cinturones con grandes hebillas y los sombreros vaqueros, de las tortas fritas a las tortillas rojas había un buen trecho. Pero no era eso sólo. Hacía ya más de un año que Minera San Xavier, subsidiaria mexicana de la canadiense New Gold, explotaba el oro y la plata de Cerro de San Pedro.

Cerro de San Pedro vive una situación de “conflicto ambiental” (Martínez-Allier, 2006) desde la llegada de Minera San Xavier hacia los años de 1996-1997. La mina comenzó a operar en 2006 en medio de un conjunto de disputas jurídicas, políticas y territoriales (Costero Garbarino, 2008) de toda índole. Tal situación forma parte de un proceso generalizado de inversión minera en América Latina que ha sido reseñado por varios autores (por ejemplo, las compilaciones de Alimonda, 2008; y Delgado Ramos, 2011) y que se desata a partir de mediados de la década de 1990.

Se trataba de una mina de similares características a la que había sido detenida en Esquel.

Más o menos la misma proyección de reservas de onzas de oro y plata, un tajo a cielo abierto del mismo tamaño que el proyectado en Chubut, una vida útil (entre diez y quince años) similar. Pero esta vez el tajo no estaba ubicado en una cumbre alta, a seis kilómetros (en línea recta) del centro de la ciudad, como en el caso patagónico, lo que ya era escandalosamente cercano. Esta vez el tajo comenzaba a trescientos metros de la plaza central del poblado.



Figura 1. Panorámica del poblado de Cerro de San Pedro en 2008. Al fondo, parte del tajo de la mina. Foto: Hernán Schiaffini.

EL POBLADO

En varios aspectos, Cerro de San Pedro nos hacía acordar a *San Garabato de las Tunas*, el pueblo de los *Supermachos* de Rius.² Era una cáscara. Si hacia 1950 había albergado 5.000 almas, ahora no vivían allí más que unas 20 familias, contabilizando un total de 100 personas. Era la cabecera y el centro histórico de un municipio compuesto por otras ocho localidades (y todo ese sistema debe ser entendido en conjunto) pero ahora parecía un pueblo fantasma, lleno de casas vacías y estructuras en ruinas. Había sido superado por poblaciones que antes eran más pequeñas, como El Portezuelo, que ahora reunía unos 2.000 habitantes y era la sede de la familia gobernante.

Quedaban muestras de su antiguo esplendor, atado a las bonanzas y vaivenes de los metales en los siglos pasados. Desde que el Capitán Caldera, a fines del siglo XVI se había percatado que en ese cerro había metales preciosos (cosa que, al aparecer, los huachichiles³ locales habían querido ocultarle), Cerro de San Pedro se había convertido casi inexorablemente en un enclave minero. Un centro con la típica organización urbana española: una plaza cuadrada con el Ayuntamiento de frente y la iglesia a un lado. Dos iglesias del XVIII. Un puente de piedras sobre un arroyo entonces seco. Un tendido ferroviario fuera de uso que unía con las fundidoras en San Luis Potosí.⁴

En medio de la calle, pilas de desechos mineros que la *American Smelting and Refining Com-*



Figura 2. El Estado de San Luis Potosí, en el centro de México. El número 2 refiere el municipio de Cerro de San Pedro.

² *Los Supermachos* era el título de una historieta creada por Eduardo del Río (Rius) que se publicó a partir de 1965. En el N° 1 San Garabato es presentado así: “San Garabato –tierra de machos, borrachos y comprachos– es un pueblo rabón, igual a otros pueblos de México en el número de machos y borrachos... sin embargo ha superado a otros pueblos pues los machos-machos se fueron del pueblo, unos de braceros y otros de mariachis, por falta de algo que comer... y se quedaron sólo los muy muy machos: ¡Los supermachos!”.

³ Los huachichiles o guachichiles eran el grupo étnico que habitaba la región de San Luis Potosí a la llegada de los invasores españoles. Desaparecen de las fuentes hacia el siglo XVIII, aunque hoy en día algunos grupos reivindican su pertenencia huachichil.

⁴ San Luis Potosí adquirió ese nombre justamente debido a las expectativas que despertó el Cerro de San Pedro, donde se esperaban encontrar depósitos de plata semejantes a los del Cerro Rico (Ruiz Guadalajara, 2010).

pany (ASARCO) había dejado sin remediar desde su partida en 1948. La compañía norteamericana había trabajado en el pueblo durante la primera mitad del siglo XX, generando un gran auge económico que se apagó tras su retirada.

Los *caciques* gobiernan Cerro de San Pedro. El *caciquismo* es una institución cuyo análisis la antropología mexicana encaró hacia las décadas de 1960 y 1970, siendo quizá los trabajos más destacados los elaborados por Roger Bartra (1978) y equipo (1979). Se refiere a estructuras formales-informales de poder típicas, desde este punto de vista, de las formaciones sociales campesinas articuladas al mercado. El *cacique*, en este modelo, funciona como un *mediador* que, en la esfera política, permite la comunicación e interacción entre el sistema político formal y el local; entre la democracia formal-burocrática y los mecanismos “consuetudinarios” de elaboración de la autoridad en el terruño.

Pero, simultáneamente, garantiza también las estructuras de dominación que subordinan a la comunidad campesina desde una doble legitimidad: la que le otorga el Estado y la que le otorga la población local, sumada al uso cotidiano y recurrente de la violencia como instrumento político.

En concreto los *caciques*⁵ de Cerro de San Pedro detentaban el monopolio de la representación legítima del poblado (la misma familia manejaba la Presidencia Municipal desde hacía 50 años aproximadamente) y habían obtenido una nueva base de sustentación a partir de la llegada de la empresa minera, a la que se habían aliado incondicionalmente.

IMÁGENES “COTIDIANAS”. VIVIR JUNTO AL *OPEN PIT*

1) —“Hay que andarse con cuidado con Florentino⁶—nos había prevenido don Carlos—. Es una persona buenísima, pero es muy católico. Ten cui-

⁵ Aquí el término no implica necesariamente ninguna pertenencia indígena.

⁶ Utilizamos seudónimos para todas las personas que aparecen en el texto.

dado con lo que dices. Su padre fue Cristero⁷, y a él no le gusta que hablen mal de la Iglesia. ¿Sabías que fue guardaespaldas de políticos? En el Estado de Guerrero, allá por los setentas.”

Así eran los *serranos* de San Pedro, sorprendentes por donde se los mirase. Guardaban una rivalidad con los *potosinos* de San Luis. Sentían que siempre la capital había vivido de ellos, que habían trabajados en las minas, algunos desde niños, pero la ciudad había sacado los mayores provechos. Luego habían tenido que migrar, hacerse *chilangos*⁸ o *potosinos*, o a seguir la ruta de los minerales hacia el norte, tras otros yacimientos.

Ahora los últimos esplendores de Cerro de San Pedro eran demolidos de a poco, todos los días a las tres de la tarde.

La primera vez que sentimos las explosiones estábamos descansando en la casa que nos había cedido don Carlos. Percibimos el estruendo y la vibración y el piso se movió por debajo, pero todo en tiempos distintos, como si hubiesen sido tres fenómenos desconectados. Salimos a la puerta, que daba a un callejón de piedra, viendo una extensa nube de polvo que se adentraba en el pueblo y ocultaba la iglesia.

Después nos acostumbrábamos a las detonaciones y si nos preparábamos con tiempo se podía ir a filmarlas o fotografiarlas desde una ladera enfrente del cerro de San Pedro. Sobre la cuesta carcomida, transformada ahora en una escalera monstruosa, se veía de pronto una pequeña flor marrón, que comenzaba a agrandarse velozmente y luego llegaba el estruendo del ANFO⁹ y se terminaban de ver los pequeños trozos de roca—pequeños desde la distancia en que nosotros los veíamos— que caían. Cuando el polvo se disipaba un poco, las maqui-

⁷ Las *Guerras Cristeras* fueron una serie de conflictos armados que sacudieron a México durante la década de 1920. Oponía a las bases armadas católicas contra el Estado revolucionario, que había eliminado la participación de la Iglesia en la política de acuerdo al mandato de la Constitución de 1917.

⁸ Gentilicio de uso común para denominar al nativo de la Ciudad de México.

⁹ Sigla que designa a la combinación de nitrato de amonio con fuel-oil, base de los explosivos que utilizaba Minera San Xavier y que son los de uso más habitual en la industria.

narias y los camiones, que parecían miniaturas, se acercaban a la zona de la explosión y empezaban a recoger los trozos de montaña desprendida. El resto del tiempo se los podía ver al filo del cerro, en la línea entre la tierra y el cielo, trasladando toneladas de roca y arrojándolas en las escombreras, que habían secado el arroyo de tanto tirar cascajos y escorias mineras sobre su cauce.

Los efectos de las detonaciones eran siempre imprevisibles. Don Carlos, que era hijo de mineros e ingeniero él mismo, decía que había trescientos kilómetros de túneles debajo de Cerro San Pedro, y que nadie o casi nadie –por cierto, nadie que trabajara con los canadienses– sabía por dónde iban.

–“Un día ponen ANFO demasiado cerca de un túnel y la onda expansiva hace que reviente alguna casa del pueblo”– decía. –“Mi casa es la única que no tiene un pozo para el baño, ¿sabes por qué? Porque desagota todo en un tiro viejo”.

Una vez dejaron sonando la campana de la iglesia, sin que nadie la tocara. Las solas vibraciones de la detonación hicieron que al tañir de la campana.

Otro día, pero esto sólo nos lo contaron, un pedazo de cerro del tamaño de un autobús se deslizó lentamente por las laderas hasta detenerse en medio de la calle.

La casa de Florentino también tenía las marcas del trabajo minero de las tres de la tarde. Del marco de su puerta y del techo caían pequeños pedacitos de mampostería día tras día.

–“Sácale fotos” – nos decía en su afán por denunciar la situación. –“Sácale fotos, aquí, este hoyo, se hizo la semana pasada”.

Era como la “acumulación por desposesión” (Harvey, 2004) explicada para principiantes. Cada onza de oro que producía la planta minera era un pedazo de pared que se caía en la casa de Florentino.

–“Cabrones” –decía el viejo. –“Ya me van a venir a buscar aquí, para sacarme. Pero me voy a cargar a dos o tres antes que me lleven”.

2) Nos quedamos en una loma a pocas cuadras del centro. La casa era amplia, la usaba don Carlos algunos fines de semana. Como estaba la mayor parte del tiempo deshabitada había que luchar contra los alacranes.

Tenía agua (que no se podía beber) y electricidad. Escuchábamos la radio por las noches. Pero ya el sólo hecho de quedarnos en casa de don Carlos nos situó para siempre de un bando en la disputa por Cerro de San Pedro, el bando del Frente Amplio Opositor a Minera San Xavier (FAO), que se oponía a la explotación del cerro. La puerta lucía un graffiti en pintura plateada que decía “Muerte al FAO”.

Ello nos aislaba bastante. De las 20 familias que poblaban Cerro de San Pedro tal vez 3 estaban en contra de la mina. De las otras 17, al menos 5 eran fervorosas militantes a favor del proyecto minero y otras 3 de ellas estaban involucradas directamente en la estructura de gobierno –formal e informal– del municipio, lo que en otro lado (Schiaffini, 2011) hemos descrito como una estructura caciquil de corte clásico.

Una noche nos golpean la puerta y al abrir estaba Ernesto, con una botella de agua mineral en las manos. Ernesto, que había nacido y se había criado en Cerro de San Pedro (“el cerro donde está enterrado mi cordón”, decía casi llorando al hablar de la destrucción que sufría la montaña), no vivía en Cerro de San Pedro sino en San Luis, pero iba y venía constantemente y tenía casa en el pueblo. Cuando abrimos la botella encontramos un mezcal purísimo. Lo compraba a granel a unos productores de Zacatecas y lo fraccionaba en botellas de litro y medio. Agradecemos el regalo. Quizás había llevado consigo demasiada cantidad y se dio cuenta, o su esposa lo había forzado a traernos un poco.

En un viaje anterior Ernesto nos había traído en auto. Entrando al pueblo cruzamos a una persona con un gran sombrero, que venía caminando por la vera del empedrado. Pasamos muy despacio y Ernesto primero dudó. Miró fijo hacia el frente y luego bajó la mirada hasta las rodillas. Era evidente que no quería hacer contacto con esa persona. Cuando nos alejamos explicó: “ése es uno de los caciques que tenemos aquí”.

3) 28 de Junio, día del santo del pueblo, San Pedro. Hay preparativos desde hace varios días atrás. Los caciques compraron petardos, velas y banderines con Catrinas. En la plaza frente a la iglesia hay una torre de muchos metros de alto lle-

na de petardos y cañitas voladoras. El poblado está decorado y limpio.

Llegarán familiares y turistas. Los habitantes cocinan y los que tienen puestos en la feria de los fines de semana preparan sus escaparates. Por la mañana sonaban las campanas de la iglesia, pero no por el santo: “falleció una señora de aquí del pueblo”, me dicen. “Una ancianita. Pero vivía en Chicago, y allá murió”. El tañido de la campana le pone sonido al lazo invisible que une Chicago, Illinois; con Cerro de San Pedro, San Luis Potosí.

Nos quedamos por la mañana con Esteban, que está cocinando *pancita*.¹⁰ Es una cocción de muchas horas, una olla gigante, un fuego alimentado con leña en un fogón viejo. Aprovechamos para conversar y hasta accede a que grabemos la charla.

Por la tarde, en la feria, otro hombre en una cacerola de hierro negra, enorme, prepara *chicharrón*, piel de cerdo que se refrita en grasa hasta que queda dorada y crujiente. Revuelve la grasa fundida con un largo palo y echa el chicharrón crudo como si fueran mantas o pedazos de tela. El poblado se llena de gente que come elotes,¹¹ chicharrones y tacos. La población crece por diez o por veinte por unas horas. Ese día, como los sábados y domingos, no hay detonaciones y los trabajos en el tajo son escasos.

Por la noche es el momento cúlmine de la festividad. Se detonan los kilos y kilos de petardos, la banda toca música a todo volumen, la gente bebe y baila. Los *toritos*, personas disfrazadas de toro que portan una especie de capa rígida que se monta sobre la espalda y que está incrustada con bengalas que despiden chispas para todos lados, se meten entre la multitud, que trata de escapar a su paso.

Los caciques, que trabajan en la municipalidad, son empleados de la empresa minera y los organizadores de la festividad del Santo Patrono, despliegan un letrero con las letras embebidas en pólvora, algo similar a las *estrellitas* que uno usaba cuando era niño, y lo encienden. La frase “VIVA SAN PEDRO” aparece brillando y chisporroteando sobre la fachada de la iglesia. Está hecho: al encender ese cartel los tres factores centrales de la

vida cotidiana de Cerro de San Pedro, la empresa minera, la iglesia y el municipio, aparecen unidos a través de un mismo hilo, con vivas al pueblo y al patrono. El hilo son los caciques. En sus personas confluyen los tres espacios: ellos *son* la empresa, la municipalidad, la iglesia. El cartel en llamas condensa, en más de un punto, las alianzas sociales que sostienen el estado del poder en el pueblo. Los caciques ocupan los tres espacios, son parte crucial de cada uno de ellos y ahora también se muestran públicamente como tales, en el marco del principal ritual de la localidad. Hegemonía en estado puro.

4) En Junio de 2008 se filtró entre los militantes del FAO la noticia de que el nuevo gerente de la empresa minera viajaría a Cerro de San Pedro para visitar el yacimiento.

La noticia fue tomando fuerza y verosimilitud. Algunos contactos de prensa terminaron por confirmarla y entonces se planeó apresuradamente una acción de protesta. Se decidió por organizar un *plantón*¹² frente a la entrada de la planta, sita sobre el camino que conecta Cerro de San Pedro con San Luis, un descampado desértico bajo el rayo del sol, incluyendo el bloqueo del camino para no permitir al flamante gerente la entrada a la planta, al menos por la puerta principal.

Sin embargo, para profundizar en este suceso y las cuestiones que representó para nosotros, y siendo además una de las cuestiones centrales que queremos expresar en este artículo, es necesario hacer un paréntesis e introducir algunos elementos de teoría y método.

METODOLOGÍA Y ...

Antes de viajar a México y gracias a la generosidad de Ricardo Abduca, nos entrevistamos con Juan Carlos Marín¹³ en su casa. “Lito” nos proveyó

¹⁰ En la Argentina es *mondongo*, estómago vacuno.

¹¹ Una variedad de maíz, de gran tamaño.

¹² Un corte de camino. En Argentina se le llama “piquete”.

¹³ El sociólogo Juan Carlos “Lito” Marín (1930-2014) fue director de tesis doctoral de Hernán Schiaffini ante CONICET un par de años después, de vuelta en Argentina, junto al antropólogo Ricardo Abduca.

de algunos contactos para no estar tan sólo en la tierra desconocida. Nos íbamos por dos años.

Ya algunos de los procedimientos desarrollados por Marín los habíamos aplicado a diferentes situaciones. Ante la perplejidad que causaba el intento por iniciar una investigación, por tratar de entender qué estaba ocurriendo en algún tiempo y lugar (y por qué), contar con un mecanismo más o menos repetitivo y estructurado para trabajar hacía disminuir mucho las ansiedades. Elaborar una base de datos de conflictos, contabilizar enfrentamientos, recortar grupos y definir cuáles habían sido sus acciones, todo ello permitía construir más o menos rápidamente un cuerpo de datos importante sobre el qué reflexionar.

Dicha metodología, que tiene un profundo sustrato teórico anclado en Marx, Clausewitz y Foucault, y que Marín (2009)¹⁴ construyó y continuó precisando siempre, resultaba muy útil –entre otras cosas– para identificar los grupos en pugna. Teóricamente supone que las fuerzas sociales que participan de un determinado conflicto no están predefinidas, sino que se constituyen en el proceso mismo del *enfrentamiento*. Por tanto, hacer una cronología de los atentados, escaramuzas y demostraciones de fuerza de cada colectivo, de sus demandas y consignas, correlacionar esos datos con sus acciones concretas, permite una cartografía muy precisa de una “correlación de fuerzas” en perpetuo movimiento.

Marín aplicó este modelo de análisis, desde el exilio, a la Argentina del período 1973-1976 en *Los hechos armados* (2007).¹⁵ Concluyó que, de los dos grandes campos en pugna en dicho período, uno estaba decidido y preparado para el exterminio, mientras que el otro sostenía una estrategia de *pertrechamiento* y no tenía cabal conciencia del estado del conflicto en que ya estaba sumergido.

De manera mucho, mucho mas pequeña e inmediata, nosotros también elaboramos nuestra base de datos. Tenía la forma de un cuadro de doble entrada: sobre la primera columna, a la izquierda, ordenados por fecha del más antiguo al más reciente, todos los enfrentamientos que habíamos

podido registrar mediante nuestras entrevistas, que habíamos leído en los diarios o en fuentes digitales e incluso que habíamos podido observar. La columna comenzaba en 1998 y, si bien tenía algunas lagunas, estaba bastante completa y no le faltaba ningún hecho importante.

En la fila superior, para cruzar con cada uno de los hechos de enfrentamiento, habíamos ubicado como criterios la fecha aproximada del suceso, los grupos intervinientes (cuando se podían identificar), quién había tenido la iniciativa en cada acción y una breve descripción de cuáles habían sido los hechos. Como se ve, nada demasiado exhaustivo, sólo una especie de panorama general del estado de las fuerzas sociales.

Sin embargo, los resultados que arrojó el cuadro nos dejaron sorprendidos y preocupados. Era evidente que un grupo, el nucleado en torno al FAO, era quien predominantemente tenía la iniciativa de las acciones: marchas, charlas-debate, intervenciones y *performance* artísticas, tareas de difusión y divulgación del conflicto, denuncias periodísticas y legales e incluso la organización del Festival de Cerro de San Pedro, de clara tendencia anti-minera. Todas acciones pacíficas, que concentraban sus objetivos en la impugnación de la empresa minera y la trama política que, acusada de corrupción, permitía y amparaba las actividades mineras.

Pero a cada una de estas acciones le seguía, de manera casi mecánica y directa, una acción violenta cuyos destinatarios eran, otra vez, los miembros del FAO, pero esta vez protagonizada por colectivos difusos, personas desconocidas, quienes las pocas veces que lograban ser identificadas en alguna pertenencia estaban vinculadas a la estructura caciquil de Cerro de San Pedro o alguno de los otros pueblos del municipio.

A repartir volantes en el pueblo le seguía una agresión a golpes y un ataque con gas pimienta. A una denuncia judicial le había seguido un ataque a balazos a la casa de un militante contra Minera San Xavier en 2007. En 1998, la negativa a entregar una serie de permisos municipales a la empresa había concluido con el confuso suicidio del Presidente Municipal. Las acciones del FAO eran seguidas, rápidamente, por lo que era muy fácil interpretar como una represalia. Era la única tendencia clara

¹⁴ La versión original de este trabajo data de 1979.

¹⁵ La versión original es de 1976.

y continua que podía leerse a través del cuadro: cada vez que el FAO llevaba adelante una acción de impugnación del proyecto minero, algún tipo de atentado violento se sucedía y estaba especialmente dirigido a los miembros de la organización que se encontraban relativamente aislados: nunca se atacaban grupos, sino personas en transitoria desconexión con el resto de su colectivo.

Tal “descubrimiento” nos situaba en una posición incómoda. El *plantón* que estaba por realizarse apenas uno o dos días después constituía una de las acciones más contundentes que el FAO había encarado en los últimos tiempos. Pero si la lógica que se expresaba en el cuadrado se mantenía, lo que cabía esperar inmediatamente después era una represalia violenta. Nosotros estábamos hacia casi dos semanas durmiendo en el edificio del Núcleo Ejidal (ya no en la casa de don Carlos, ésa había sido una visita anterior), espacio fuertemente asociado al grupo anti-minero. Y estábamos prácticamente solos.

No nos sentíamos en peligro. Hasta allí nuestro trato con los habitantes, del “bando” que fuesen, siempre había sido cordial y no habíamos tenido altercados. ¿Estaría bien construida la herramienta? ¿No habría algún error que nos llevaba a malinterpretar sus resultados?

Si bien nuestro plan de trabajo nos implicaba quedarnos al menos otra semana más en el poblado, decidimos que al terminar el *plantón* nos retiraríamos hacia San Luis Potosí.

EL *PLANTÓN*

El FAO convocó a las organizaciones aliadas a sumarse y para las ocho de la mañana el primer grupo de personas estaban ya presentes y bloqueando el camino con *mantas* (banderas) y carteles. Depositaron grandes piedras sobre la capa asfáltica y sólo permitieron el paso a los habitantes de los pueblos que circulaban por cuestiones cotidianas. En el momento de mayor presencia de manifestantes, habrán sumado unos 50. Los vehículos y los empleados de la empresa eran detenidos y no se les permitiría avanzar hasta que terminara la protesta.

Esteban avisaba quién era quién, puesto que el grueso de los manifestantes era oriundo de San Luis y no conocía a quienes circulaban. Los familiares de los caciques González, por ejemplo, fueron detenidos.

En general los automovilistas que eran detenidos no presentaban mayores problemas cuando se les prohibía el paso. Acaso sí insistieran un poco, pero luego de dos o tres negativas y de que el grupo que cerraba el camino apretara sus filas, no tenían más que resignarse y esperar.

La situación cambió cuando cerca de las once se acercó por el camino una camioneta policial, seguida detrás por un lujoso vehículo negro de doble tracción. Los manifestantes se pusieron alerta frente a estas presencias, creyendo que en el vehículo podía estar viajando el gerente.

Los vehículos se detuvieron frente a las primeras *mantas* y pidieron pasar. Se les dijo, aún sin saber quiénes eran, que la patrulla policial podía pasar sin inconvenientes, pero que el vehículo que venía detrás, flamante y sin chapas de licencia, debería detenerse y no se le permitiría el paso. El conductor de la patrulla se demostró contrariado y comenzó a gritar y a acelerar fuertemente su motor. Se le volvió, sin embargo, a decir que el vehículo al que escoltaba no podría pasar.

En ese momento la patrulla comenzó una serie de maniobras descontroladas. Acelerando a todo motor comenzó a realizar giros y medios giros. Se fue encima de una muchacha que estaba fuera del camino observando y video-grabando la situación y la hubiera atropellado si ella no hubiera saltado desde una montaña de tierra hacia dentro de unos matorrales. En la misma maniobra golpeó a otra manifestante y la arrojó al suelo, ocasionándole varias heridas y casi pasándole por encima con sus ruedas traseras.

El vehículo se detuvo, trabado frente a varias personas, con dos ruedas en el camino y dos ruedas sobre la banquina, apuntando en la dirección inversa a la que había llegado y aún acelerando. Mientras quienes estaban cerca increpaban al conductor, algunas piedras comenzaron a volar y golpearon la patrulla, dañándole la sirena, el techo y los vidrios traseros.

La patrulla se retiró al sentir los impactos. El

vehículo negro que venía con ella se retiró también, sufriendo algunos golpes al dar la vuelta. Los manifestantes atendían a las dos mujeres golpeadas e intentaban recuperarse de la conmoción. Los vehículos se retiraron hacia una curva a unos quinientos metros del lugar de la protesta, en dirección a El Portezuelo.

Cuando las cosas comenzaron a calmarse Esteban confirmó lo que ya varios estaban señalando: quien conducía la patrulla era el cacique en persona. El vehículo que venía detrás era de su esposa, la Presidenta Municipal. Los que estuvieron cerca de éste pudieron confirmar que ella viajaba en el asiento trasero.

Salas, el cacique, no era ni es policía, con lo que se tornaba muy raro que apareciera conduciendo una patrulla. Además, en su arrebato de furia había lastimado a dos personas, todo el incidente había quedado grabado en video y además un notario estaba presente en el plantón y había visto todo el suceso. Los manifestantes se apresuraron a llamar a la prensa, la policía y la Secretaría de Derechos Humanos del Gobierno del Estado.

Todos llegaron. La prensa se llevó las filmaciones del ataque, la Secretaría de Derechos Humanos tomó las declaraciones de las mujeres heridas y de algunos testigos y la policía se quedó un momento presenciando la situación.

Después de un rato, todas estas agencias comenzaron a retirarse. Los manifestantes evaluaron las condiciones en que se encontraban: ya habían sufrido una agresión, era pasado el mediodía, de modo que el objetivo de impedir la entrada del nuevo gerente y hacerse notar estaba aceptablemente cumplido. Las agencias oficiales se retiraban, habían desairado a Salas e impedido el paso de la Presidenta Municipal y el número de presentes comenzaba a mermar.

Para peor, se veía que en la curva del camino a El Portezuelo y justo donde ahora se ubica el poblado de La Zapatilla, comenzaba a reunirse un grupo de personas. Se especuló con que podía tratarse de un grupo de choque que vendría a tomar represalias, lo que no era descabellado. Comenzaban a circular alrededor del *plantón* algunos pobladores portando machetes. Entre ellos estaba el que cocinaba chicharrones con su gran olla negra.

Se decidió levantar el *plantón*. Los pocos habitantes de Cerro de San Pedro se trasladaron a sus casas y el grueso del grupo volvió a San Luis sin inconvenientes.

Sin embargo los hechos graves continuaron al día siguiente. Don Carlos acudió a Cerro de San Pedro en compañía de dos periodistas franceses. Al llegar y mientras recorría el pueblo fue agredido, según él denunció luego, por varios sujetos, tres de los cuales eran hijos del *cacique*. Lo golpearon, lo atacaron con machetes y lo amenazaron con un revólver. Además dañaron su vehículo mientras intentaba escapar.

Ninguna de las denuncias judiciales que realizó en los días posteriores sobre estos hechos prosperó.

Nosotros habíamos conversado nuestras presunciones con algunos de los miembros del FAO más cercanos, aunque no con don Carlos, debido al escaso margen de tiempo entre nuestro “hallazgo” y el *plantón*. Tampoco estábamos seguros de la certeza de nuestra inquietud ni de la precisión de nuestra herramienta. De todos modos, también era cierto que la correlación entre acciones de protesta y represión, que para nosotros había sido un “descubrimiento”, era ya algo previsto y asumido por muchos militantes del FAO. Volveremos sobre esto más adelante.

EL ANTROPÓLOGO EN EL *MAELSTRÖM*

En “Un descenso al Maelström” (1965) [1841] Edgar Allan Poe narra la historia de dos hermanos, pescadores nórdicos, que quedan atrapados con su embarcación en un enorme remolino —el *Maelström*— que era el producto de las corrientes marinas de la zona. El remolino se formaba cíclicamente y duraba unas seis horas, lapso durante el cual destruía todo lo que tragaba.

Por un descuido, los pescadores se internan en el *Maelström*. Su barco giraba y se precipitaba hacia el fondo del mar, atrapado por las corrientes del remolino. Cada minuto y hora que pasaba se acercaba más y más al fondo. Sin embargo, gracias a la agudeza de sus poderes de observación, uno de los personajes, girando a la deriva y habiendo perdido

todo control sobre su buque, fue capaz de salvarse.

Aferrado a un barril mientras era succionado hacia el fondo, advirtió que algunos objetos que giraban junto a su embarcación dentro del *Maelström* –restos de otros naufragios, troncos, escorias, etc.– lo hacían a velocidades diferentes. Los objetos grandes se hundían antes que los pequeños, los objetos esféricos llegaban al fondo del remolino antes que los cilíndricos. Encuentra así un comportamiento constante, una suerte de ley de funcionamiento interior del *Maelström*.

De allí dedujo que su barco, debido a su forma y tamaño, sería de los primeros objetos en destruirse, mientras que otros elementos más pequeños quizá continuarían dando vueltas sin llegar al fondo, y tal vez lograrían flotar hasta que volviera la calma.

Así que se ató a un barril y se lanzó por la borda, observando cómo su barco se destruía y se llevaba consigo a su hermano, quien no se atrevió a saltar. El barril siguió girando dentro del *Maelström*, pero lejos del vórtice del remolino. Tiempo después el mar recuperó la calma y el pescador logró ser rescatado.

Fue Norbert Elías (1990) quien realizó una lectura en clave metodológica de este cuento de Poe, vinculándolo a los procesos de *distanciamiento* metodológico y asociándolo al “*double bind*” de cuño batesoniano. En la interpretación de Elías la experiencia de los pescadores es, en buena medida, una metáfora acerca del carácter interdependiente de los procesos “*subjetivos*” –el autocontrol o la autoconciencia– y los procesos que exceden la voluntad. ¿Cuándo un proceso excede la voluntad? Cuando no se tiene conocimiento acerca de su dinámica o lógicas. O directamente cuando no se tiene siquiera conciencia de su existencia.

En cambio, conocerlo en algún aspecto ya implica una co-construcción del fenómeno. Lleva a tener capacidad de influencia acerca del mismo (aún cuando sea mínima, como en nuestro caso, tener la posibilidad de sustraer nuestros cuerpos a una eventual agresión).

El cuento puede, sin dudas, ser analizado desde un enorme abanico de perspectivas. Para lo que aquí interesa, es un ejemplo de cómo ciertas regularidades pueden encontrarse tras rasgar la super-

ficie de procesos sociales aparentemente caóticos, y también de cómo su “descubrimiento” permite sacar al observador de una posición inicial ilusoria, fantasmagórica, donde no tiene dominio ni conciencia de su propia posición, y situarlo en un nuevo contexto.

Para ir a nuestra experiencia de campo diríamos que, antes de la organización de los actores y sus acciones mediante la precaria sistematización de la base de datos que habíamos elaborado, estábamos en una situación similar a la del pescador abrazado al mástil o al barril, con el agregado de que ni siquiera teníamos conciencia del peligro inminente al que estábamos sometidos. Los pescadores sabían que corrían el riesgo de naufragar casi con certeza. Nosotros no sospechábamos que podíamos ser eventuales víctimas de una agresión.

La regularidad de las agresiones y las represalias contra el FAO se manifestaban con la misma constancia que las diferentes velocidades de los objetos que giraban junto al barco en el *Maelström*. Habiendo identificado una regularidad de la que antes no teníamos sospechas, el cálculo era relativamente simple: la violencia directa formaba parte del repertorio político de la estructura caciquil. Al *plantón* le seguiría una represalia.

Cuando esa posibilidad se hizo presente, el proceso adquirió un carácter nuevo.

CONOCIMIENTO Y CONSECUENCIAS

¿Cómo repercute una situación exacerbada de conflicto sobre la práctica antropológica? ¿Qué replanteos debemos pensar sobre la práctica etnográfica para estos casos? ¿Qué ocurre con el “*rapport*” cuando las posiciones de los bandos son irreductibles? Si no logramos acceso a un sector de la población, ¿cuáles son los alcances del trabajo de investigación?

Son preguntas válidas, pero que también son rápidamente reducidas a una posición secundaria cuando la amenaza de la violencia se hace presente en concreto. ¿Somos concientes los investigadores e investigadoras del panorama general de la situación, más allá de las relaciones interpersonales en que se juega el “*rapport*”? ¿Lo son nuestros inter-

locutores? ¿O pueden también estar en riesgo aún sin saberlo?

¿Cuál fue, para nuestro caso, el carácter nuevo que adquirió la situación tras las nueva comprensión de la lógica de la violencia local? Se puede señalar en dos dimensiones. Por el sendero de la investigación –en varios puntos el más sencillo de explicar– nos permitió reformular las hipótesis de trabajo incluyendo la dicotomía entre “*la política*” y “*lo político*” como fue trabajada por varios autores (por caso, nos apoyamos en Echeverría, 1998; Zavaleta Mercado, 1990; Tapia Mealla, 2008). Parecía explicar muchas cosas, el menos en Cerro de San Pedro, la posibilidad de considerar a las acciones más sencillas y mundanas de la vida cotidiana como parte integrante del entramado político local. Los lazos de parentesco, las necesidades básicas de agua, transporte o educación, las historias y trayectorias personales de los vecinos desde la infancia se teñían de poder. Las cuestiones más “triviales” se convertían en hechos políticos que tenían su sentido dentro de la red del *caciquismo*.

Ello nos permitió, en una segunda instancia, recuperar y reformular el modelo del *caciquismo* en tal sentido: no como una mera estructura autoritaria, sino como una estructura autoritaria *que contaba con consenso social*, además de alianzas con las esferas estatales y empresarias. Una estructura de liderazgo legitimada. De allí parte de la impunidad que permitía el uso de la violencia como parte de su accionar desde la dimensión de “*lo político*”.

Desde el punto de vista de los vínculos con nuestros interlocutores, las interacciones fueron múltiples. Dijimos antes que conversamos nuestro “hallazgo” con quienes pudimos, no con todos los miembros de la organización (lo que también hubiera sido virtualmente imposible). Por un lado, el “hallazgo” y el *plantón* fueron prácticamente inmediatos. No hubo demasiado tiempo para reflexiones entre un hecho y el otro. Por el otro lado, el FAO contaba con sus propios liderazgos y mecanismos de discusión. Nosotros éramos investigadores extranjeros, simpatizantes pero “exter- nos”. No podíamos de ninguna manera situarnos en un rol de “esclarecedores” de militantes que durante años habían sostenido (y continúan sos-

teniendo hoy en día) la lucha contra Minera San Xavier. Menos aún frente a habitantes de décadas de Cerro de San Pedro.

Lo que charlamos con algunos miembros del FAO, al compartir lo que nosotros considerábamos un hallazgo, junto con su fundamentación, nos dio la pauta de que eran concientes de la situación que recién se nos revelaba. Sabían de la actitud de los socios locales de la minera y conocían sus recursos violentos –algunos, incluso en carne propia–. Nuestro aporte no pareció sorprenderlos grandemente. Como en muchas ocasiones, parecía verificarse que los investigadores llegábamos muchas veces, incluso con sorpresa, a conclusiones que los actores locales conocían desde hace tiempo.

Sin embargo tal impresión fue puesta en tensión por la agresión a don Carlos. También, al analizar el registro histórico de los hechos, por la repetición de las agresiones. Si se era conciente de este recurso del otro bando ¿por qué no se podían prevenir las agresiones? ¿O acaso había matices y detalles que se escapaban de la mirada de los militantes?

DISCUSIONES E INTERROGANTES

La imagen del antropólogo inmerso en el *Maelström* es una buena metáfora, en nuestra opinión, de las cotidianidades de un trabajo de campo relativamente prolongado. Es evidente que el hallazgo de regularidades debe ser una consecuencia de la internalización de las prácticas locales. Los elementos “extraños” y las prácticas que se presentan como ajenas en un primer momento pasan a ser, con el correr de los días y semanas, actividades cotidianas y habituales.

Ahora, si no existe una interpretación teórica de tales regularidades ¿no corremos el riesgo de naturalizarlas, al igual que les ocurre a los pobladores locales?

Lo que desde la epistemología ha sido llamado un “proceso de ruptura” (Bachelard, 1974) requiere, además, de herramientas metodológicas como la triangulación (o vigilancia epistemológica, en términos de Bourdieu y Wacquant, 1995); de la historización y la comparación. Pero también fun-

damentalmente de categorías conceptuales: quizá de un lenguaje teórico integral, que permita la interpretación no de un poblado, no de un municipio ni de una provincia, sino de un conjunto de procesos sociales de cuya expresión territorial y situada busca dar cuenta la etnografía.

En tal caso, se hacen también necesarias herramientas que permitan fusionar, sintetizar o co-construir los conocimientos que elaboran los actores sociales con aquellos instrumentos conceptuales que permitan una retroalimentación positiva entre investigadores y actores.

El conocimiento de las dinámicas locales, internalizadas y naturalizadas, es propio de los pobladores locales y puede, lenta y dificultosamente, ser aprehendido por los investigadores en alguna medida. Constituye una de las bases de su trabajo y sus reflexiones. Pero puede encontrar límites u obstáculos en la misma naturalización de los eventos que atraviesa. La incorporación y adaptación a una lógica social puede generar, quizá, sus propios puntos de ceguera.

Aquí es donde la ruptura teórica y la interpretación conceptual pueden hacer su aporte. Comprender aquellos procesos cuya dirección no es impuesta concretamente por ningún sector particular, aquellos procesos que se generan y desarrollan como si fueran “espontáneos”, forma parte de la experiencia etnográfica del mismo modo que la observación de micro-situaciones o el análisis de discurso. Pero también comprender las palabras y las acciones de nuestros interlocutores en el terreno, y comprender sus propias elaboraciones y mecanismos de interpretación del contexto es lo que, en definitiva, podría permitir tal síntesis.

Frente a interpretaciones que muchas veces funcionan de acuerdo a su lógica conceptual interna, pero no contrastan sus desarrollos con los hechos empíricos, la etnografía presenta a menudo la alternativa de analizar con minuciosidad y detalle casos particulares, pero que no siempre guardan articulación con los procesos generales de la sociedad. Es una evidente limitación. ¿No podemos, acaso, intentar restituir esos elementos como parte de una teoría de mayor amplitud? ¿No podemos, anclándonos en el carácter empírico de nuestra práctica, hacer aportes sustantivos al conocien-

to del movimiento de la sociedad? ¿Quizá, justamente, uno de los aportes de la práctica etnográfica radique en, a la vez, limitar y alimentar la categorización conceptual de acuerdo a la interpretación de las lógicas territoriales y la contrastación empírica?

Con estas preguntas y la conciencia del largo trecho por recorrer es que aquí dejamos estas reflexiones.

BIBLIOGRAFÍA

- ALIMONDA, H.
2011. *La naturaleza colonizada. Economía política y minería en América Latina*. CLACSO, Buenos Aires.
- BACHELARD, G.
1974. *La formación del espíritu científico*. Siglo XXI, México.
- BARTRA, R.
1978. *El poder despótico burgués*. Era, México.
- BARTRA, R., L. PARÉ Y J. DOMÍNGUEZ
1979. *Caciquismo y poder político en el México rural*. Era, México.
- BOURDIE, P. Y L. WACQUANT
1995. *Respuestas. Por una antropología reflexiva*. Gijalbo, Barcelona.
- COSTERO GARBARINO, M. C.
2008. “Minera San Xavier, San Luis Potosí: un estudio desde un punto de vista internacional”. En: M.C. Costero Gabino (coord.) *Internacionalización económica, historia y conflicto ambiental en la minería. El caso de Minera San Xavier*. San Luis Potosí: El Colegio de San Luis. pp 59-103.
- DELGADO RAMOS, G. C.
2011. “América Latina y el Caribe como reservas estratégicas de minerales”. En *Ecología política de la minería en América Latina*. Delgado Ramos (Coordinador). CLACSO. UNAM, México.

- ECHEVERRÍA, B.
1998. "Lo político en la política". En *Valor de uso y utopía*. Siglo XXI, México.
- ELÍAS, N.
1990. Los pescadores en el Maelström. En *Compromiso y distanciamiento. Ensayos de sociología del conocimiento*. Península, Barcelona.
- HARVEY, D.
2004. *El nuevo imperialismo*. Akal, Barcelona.
- GEERTZ, C.
2003. [1973]. La descripción densa. Hacia una teoría interpretativa de la cultura. En *La interpretación de las culturas*. Gedisa, Barcelona.
- GUBER, R.
2005. *El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Paidós, Buenos Aires.
- POE, E. A.
1965. [1841]. A Descent into the Maelström. En *The Complete Tales and Poems of Edgar Allan Poe*. Londres, Penguin Random House.
- MARÍN, J. C.
2007. *Los hechos armados. Argentina 1973-1976*. *La acumulación primitiva del genocidio*. Buenos Aires, La Rosa Blindada y PICASO.
2009. *Cuaderno 8*. PICASO y Colectivo Ediciones, Buenos Aires.
- MARTÍNEZ ALLIER, J.
2006. "Los conflictos ecológico-distributivos y los indicadores de sustentabilidad". En *Polis: revista académica de la Universidad Bolivariana*. N° 13. Venezuela.
- RUIZ GUADALAJARA, J. C.
2010. "Capitán Miguel Caldera y la frontera chichimeca: entre el mestizo historiográfico y el soldado del Rey". En *Revista de Indias*, vol. LXX, num. 248. Instituto de Historia-CSIC: Madrid.
- SCHIAFFINI, H.
2011. "Minería, conflicto y mediadores locales. Minera San Xavier en Cerro de San Pedro, México". En *Cuadernos de Antropología Social* N° 34. Buenos Aires, FFyL-UBA.
- TAPIA MEALLA, L.
2008. *Política Salvaje*. Muela del Diablo: La Paz.
- ZAVALETA MERCADO, R.
1990. *El Estado en América Latina*. Los Amigos del Libro: La Paz.